

Especialmente recuerdo una sesshin en la que el caballo rondaba mucho el dojo, arriba y abajo. Clapoteaba acompasadamente frente a la puerta del dojo. Gérard, que dirigía la

sesión, dijo una de las veces que oímos pasar al caballo frente a la puerta: "El caballo quiere entrar en el dojo para hacer zazen con nosotros."

Las dos gacelas

Cuerpo y mente predicán un discurso que un animal puede apreciar

No sé si se trata de una de tantas ilusiones, pero lo cierto es que en algunas sesshines he tenido la sensación de que mi relación con el resto del cosmos cambiaba en algunas cosas sutiles. Y de entre estas cosas que a veces cambian, hay una que siempre me ha llenado de regocijo, porque se me antoja como un guiño del cosmos. Y es que a veces algunos animales se cruzan en nuestro camino y se comportan con una frescura y un encanto al que no estamos acostumbrados.

Espero que eso no os resulte demasiado extraño, pero especialmente durante o al final de algunas sesshines me ha parecido encontrar una cierta complicidad con animales. Pero aclaremos bien este punto. No estoy insinuando que los pájaros y los animales del bosque vengán a comer de nuestra mano cuando salimos de una sesshin. No, no en ese orden de cosas, no de forma tan espectacular, pero sí que me estoy refiriendo a algo parecido, aunque mucho más sutil e imperceptible.

Uno de los mejores ejemplos lo tenemos en el caballo blanco que habita libremente en la casa de Portavella (Ripoll) a la que vamos

a menudo a hacer sesshines. Durante nuestra estancia va cambiando la relación con nosotros a medida que avanza la sesshin: cada vez se acerca más, e incluso algunas veces nos está esperando cuando salimos de

zazen. Especialmente recuerdo una sesshin en la que el caballo rondaba mucho el dojo, arriba y abajo y clapoteaba acompasadamente frente a la puerta.

Gérard, que dirigía la sesión, dijo una de las veces que oímos pasar el caballo por delante de la puerta: "El caballo quiere entrar en el dojo para practicar zazen con nosotros." En esta sesshin, además de pasearse, mordía "la madera" a la que tradicionalmente se dan golpes secos para indicar el principio y el final de zazen. Una tarde lo encontramos de pie con una pata ligeramente levantada, en una posición que parecía que estaba haciendo zazen. Incluso le hicimos una foto guardada en el álbum del dojo de Barcelona.

Recuerdo otra anécdota también en la casa de Portavella. En esta sesshin me asignaron el servicio de "la campana del despertar" que consiste en levantarse media hora antes, ir al dojo a por la campana y a la hora exacta recorrer a la carrera toda la casa haciendo sonar la campana para despertar a todo el mundo. Eso es lo que tenía que hacer. Parece fácil. Pero, para empezar, no

El maestro Taisen Deshimaru.



pude pegar ojo en toda la noche. En cuanto me dormía, volvía a despertarme acongojado pensando que había quedado dormido y que ya era hora de zazen. En fin, sucumbí a lo que los antiguos denominan "el embrujo de la campana".

Embrujos aparte, media hora antes de la hora, bajé al dojo, hice sanpai, recogí la campana, me puse en la puerta del dojo, miré el reloj, ¡vaya!, todavía faltaban 25 minutos para la hora.

Así que desde la puerta del dojo empecé a concentrarme en imaginar qué era lo que tenía que hacer, recorrer el camino desde el dojo a los dormitorios haciendo sonar la campana, entrar por esa puerta, salir por la otra...

Y así estaba concentrado recorriendo mentalmente la trayectoria a



Entrega del kesa en la Gnedronnière.

seguir, cuando faltaban ya sólo cinco minutos, uno de los gallos de la granja saltó del corral y pasó corriendo y cantando su kikirikís por delante de la puerta del dojo. Y ante mi asombro recorrió el camino que yo había estado recorriendo mentalmente, y lo hizo cantando y corriendo como yo tenía que hacerlo con la

campana para despertar a los demás.

Otra anécdota también curiosa me sucedió en otra sesión mientras preparaba las infusiones y el café. Una mosca muy grande estaba rondando la tetera de las infusiones. Para alejarla de allí no se me ocurrió otra cosa que ofrecerle mi mano con la palma abierta.

Para mi sorpresa, la mosca levantó el vuelo para posarse en la palma de mi mano. Sin cerrar la mano,

con la mosca posada en mi palma caminé hasta salir de la cocina. Y allí aún tuve que sacudir la mano para que la mosca emprendiera de nuevo el vuelo.

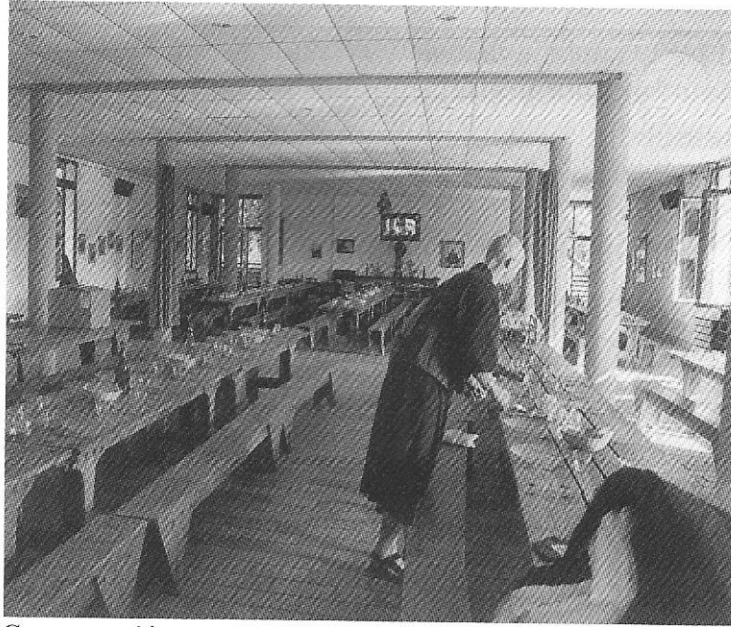
El verano pasado en la Gnedronnière, el último día antes de partir, recuerdo como una mantis religiosa se posó volando en mi hom-

bro y me acompañó arriba y abajo durante más de una hora. Recorría mis hombros, se subía a mi cabeza. Se la mostré a mucha gente porque estaba contento: una mantis con esta actitud tan religiosa, con las patitas en gassho.

Recordaréis, sin duda, la historia del Buda Sidharta Gautama, que, tras despertar bajo el árbol de la bodhi, dudó sobre si debía o no debía predicar la verdad a la que había despertado su conciencia. Inspi-

rado por Brahma Buda, comprende que los seres humanos son parecidos al loto, con una parte hundida en el lodo del estanque y la otra parte meciéndose sobre la superficie del agua, a punto para florecer.

Al final consiente en predicar su doctrina y se dirige a Benarés en busca de sus antiguos amigos. Y allí,



Concentración en el trabajo. Comedor en La Gendronnière.

en el bosque de Sarnath, en las afueras de Benarés, predica su primer discurso, el Sermón de las Cuatro Nobles Verdades.

Y cuenta la leyenda que, mientras predicaba a sus amigos, las gacelas y otros animales se acercaron a escuchar su discurso. Desde entonces el bosque de Sarnath se

Benares y que, aun sin mediar palabra, nuestro cuerpo, nuestra mente, predica un discurso como el que acercaron a escuchar las gacelas en Benarés. Un discurso que cualquier clase de animal, desde un caballo hasta un insecto, es capaz de apreciar.

LLUÍS SALAS

conoce también como el bosque de las Gacelas. Y también para rememorar ese hecho podemos ver la figura de dos gacelas en los estandartes de muchos templos budistas. La historia de las gacelas escuchando el discurso de Buda me dio la clave para comprender qué era lo que pasaba con los animales.

Después de una sesshin, cualquiera de nosotros es, en cierta medida, como el Buda que se dirige a